

3ª Semana: ¡¡ATENCIÓN AL CAMINO!

¡Cada uno sabe de qué pié cojea! En el corazón de Cristo sólo hay amor.

Del Evangelio (Jn. 2, 13-25):

Se acercaba la Pascua de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Y encontró en el templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados; y, haciendo un azote de cordeles, los echó a todos del templo, ovejas y bueyes; y a los cambistas les esparció las monedas y les volcó las mesas; y a los que vendían palomas les dijo: -«Quitad esto de aquí; no convertáis en un mercado la casa de mi Padre.»

Sus discípulos se acordaron de lo que está escrito: «El celo de tu casa me devora.» Entonces intervinieron los judíos y le preguntaron: - «¿Qué signos nos muestras para obrar así?»

Jesús contestó: - «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.»

Los judíos replicaron: - «Cuarenta y seis años ha costado construir este templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?» Pero él hablaba del templo de su cuerpo. Y, cuando resucitó de entre los muertos, los discípulos se acordaron de que lo había dicho, y dieron fe a la Escritura y a la palabra que había dicho Jesús.

Mientras estaba en Jerusalén por las fiestas de Pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo los signos que hacía; pero Jesús no se confiaba con ellos, porque los conocía a todos y no necesitaba el testimonio de nadie sobre un hombre, porque él sabía lo que hay dentro de cada hombre.



Del Papa Francisco (Mensaje de Cuaresma 2015):

Cuando el pueblo de Dios se convierte a su amor, encuentra las respuestas a las preguntas que la historia le plantea continuamente. Uno de los desafíos más urgentes sobre los que quiero detenerme en este Mensaje es el de la globalización de la indiferencia.

La indiferencia hacia el prójimo y hacia Dios es una tentación real también para los cristianos. Por eso, necesitamos oír en cada Cuaresma el grito de los profetas que levantan su voz y nos despiertan. Dios no es indiferente al mundo, sino que lo ama hasta el punto de dar a su Hijo por la salvación de cada hombre. En la encarnación, en la vida terrena, en la muerte y resurrección del Hijo de Dios, se abre definitivamente la puerta entre Dios y el hombre, entre el cielo y la tierra. Y la Iglesia es como la mano que tiene abierta esta puerta mediante la proclamación de la Palabra, la celebración de los sacramentos, el testimonio de la fe que actúa por la caridad (cf. Ga 5,6). Sin embargo, el mundo tiende a cerrarse en sí mismo y a cerrar la puerta a través de la cual Dios entra en el mundo y el mundo en Él. Así, la mano, que es la Iglesia, nunca debe sorprenderse si es rechazada, aplastada o herida.

De Santa Rafaela María:

“Debo tener en todas mis acciones presente que estoy en este mundo como en un gran templo, y yo, como sacerdote de él, debo ofrecerle continuo sacrificio en lo que me contrarían las criaturas, sean cuales sean, y continua alabanza en las que me satisfagan, y siempre todo a mayor gloria, que es el fin para que nos ha puesto en este mundo”

Pedimos la gracia:

✓ De **discernir** lo que hay dentro de nuestro corazón.

✓ ¿A qué Cristo predicamos? Lee la 2ª lectura de este domingo, I Cor. 1, 22-25, que junto con la actitud de Jesús ante el templo nos puede ayudar a discernir nuestra actitud, nuestros “gestos”, nuestra evangelización...

ORACIÓN:

Mi corazón, Señor, tiene muchos dueños y, a lo más, tú eres uno de tantos.

Yo también vendo y negocio. He dejado que me dominen las cosas e incluso las personas, tratando de contentar a unos y a otros.

A ti que deberías ser el primero y único, te he tenido en segundo lugar.

Perdóname y ayúdame a conocerte y a amarte en todas las cosas para que sepa ser tu testigo allí donde me encuentre.